

Ignacio Ellacuría

Emilio Baltodano

Para la derecha salvadoreña, su persona se había convertido en un símbolo profundamente molesto. Como rector de la UCA, él concebía a la Universidad como conciencia crítica de la sociedad, como caja de resonancia de los problemas de El Salvador. La Universidad era su vida, su obsesión. Quería transformar a la UCA en una universidad de renombre internacional que no tuviese nada que envidiar a ninguna universidad del mundo. Y eso desde todo punto de vista: tanto en cuanto al rigor académico como en cuanto al rendimiento del alumnado y a las publicaciones. Concibió siempre al trabajo universitario como un trabajo intelectual y de formación comprometido con la realidad del país. Por eso, la UCA siempre fue una universidad políticamente comprometida que siempre tuvo problemas con el gobierno de turno. Al matar a los jesuitas, lo que se quiso fue matar a la universidad.

Ellacuría siempre tuvo un criterio propio sobre las cosas, una visión absolutamente original y personal. Sus escritos abundan en planteamientos novedosos. Su posición política no era la posición del gobierno, pero tampoco era la de los partidos o la del FMLN o la del FDR. Rara vez coincidió su posición personal con otras posiciones, como puede verse en sus artículos y editoriales de la revista ECA.

Valoraba mucho la función del pensamiento como factor orientador de la sociedad y estaba convencido de la eficacia transformadora de las ideas. A veces nosotros cuestionábamos su actividad, planteando si era ése, acaso, un trabajo válido en la situación de El Salvador; si no sería mejor trabajar desde una parroquia u organizando al pueblo en los sindicatos y partidos políticos, o simplemente trabajando directamente en la revolución. ¡Tantos compañeros míos discutieron ese punto con él!. Pero él poseía una enorme confianza en el pensamiento. Y decía que, a la larga, tanto riesgo se corre en una actividad como en la otra. Y eso terminó siendo la verdad. En definitiva, su compromiso como intelectual lo llevó a la muerte. Ellacuría consideraba que una labor como la suya era imprescindible en el proceso de liberación.

Aunque era un filósofo de gran talento (fue el discípulo más cercano, el mejor conocedor del pensamiento

y el más estrecho colaborador del filósofo español Xavier Zubiri), muchas veces nos dijo que era más urgente la teología que la filosofía en América Latina. Ya en 1969 sostenía que la teología era más eficaz que la filosofía al servicio del pueblo, algo verdaderamente explosivo. Si él hubiera considerado más explosiva la sociología o la economía, tal vez hubiera sido sociólogo o economista. Pero a él le parecía algo fundamental una teología desarrollada desde las condiciones de América Latina.

Como amigo, era inmensamente leal. Eso sí, era exigente y perfeccionista. Valoraba mucho la capacidad intelectual de las personas, hasta el punto de discriminar a los menos inteligentes. Era este un defecto suyo. Sabía usar la razón en forma tremendamente dialéctica. En las discusiones, se le lograba desplazar de sus posiciones únicamente cuando los argumentos en contra suya eran excesivamente evidentes. Si se llegaba a un acuerdo en la discusión, de inmediato él desarrollaba una posición nueva, abordando los problemas desde otro ángulo. Buscaba siempre una percepción original de las cosas. Era notoria su capacidad dialéctica.

Poseía una confianza enorme, yo diría desmedida, en la razón. Cuando en 1986 le dije que en El Salvador lo iban a matar, él replicó que, aunque podían, no les convenía hacerlo. Una respuesta muy suya, pues pensaba las cosas con frialdad: si no le convenía al enemigo matarlo, como obviamente no le convenía, de ahí él deducía que no lo iban a matar. Su obra como rector universitario, como filósofo y como teólogo fue una obra revolucionaria, una obra al servicio de los pobres, una obra en contra de las clases dominantes. Su pensamiento cuestionó las estructuras socio-económicas de El Salvador, de Centroamérica y de América Latina. Por eso lo mataron.

Emilio Baltodano, filósofo nicaragüense, fue alumno del padre Ignacio Ellacuría durante los cinco años de carrera universitaria que cursó en la UCA de El Salvador. Entre él y Ellacuría existió una gran amistad. Además, fue su profesor-sustituto en varios cursos de filosofía.